

TRES
PEQUEÑAS
MENTIRAS

LOS IMPERDIBLES

OTROS TÍTULOS DE LAURA MARSHALL
EN DUOMO:

Maria quiere ser tu amiga

LAURA MARSHALL

TRES
PEQUEÑAS
MENTIRAS

Traducción de Gemma Deza



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2020

Título original: *Three Little Lies*

© 2018 por Laura Marshall

© de la traducción, 2020 por Gemma Deza Guil

© de esta edición, 2020 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2020

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 9788417761875

Código IBIC: FA

DL B 9283-2020

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Michael

Olivia

Julio de 2007

Mi niño. Parece tan solo ahí arriba. Es la primera vez que lleva traje desde que acabó el instituto y, aunque parezca que hace dos días, en realidad ya han transcurrido dos años. Parece que fue ayer cuando me despedí de él delante del colegio por primera vez, con las manos perdidas en las mangas de un jersey que le había comprado una talla grande. Veo a ese niño en su rostro, que a mí me parece el mismo de siempre. Y sí, por supuesto que ha cambiado, pero sus nuevas caras no han hecho más que solaparse a la original, la única que yo atisbo ahora, con la tez tersa y perfecta, pecas en la zona de la nariz y una expresión de una franqueza absoluta.

Ahora se ha cerrado y finge no sentir emociones, pero a mí no puede engañarme. Soy la única que presiente sus estremecimientos, porque yo también los siento. Es carne de mi carne. Hasta que un bebé no tiene seis o siete meses no sabe que es una persona diferenciada de su madre. Hasta entonces, cree que son la misma persona, lo cual explica que al separarse de ella se ponga tan nervioso. Con el tiempo, el bebé lo entiende, pero en el caso de la madre esa sensación nunca desaparece. Tu

hijo y tú sois, siempre y para siempre, una sola persona. Sientes como propios cada corte, cada comentario mezquino, cada vez que le rompen el corazón.

-Todos en pie.

Un golpe en la puerta anuncia la llegada inminente del juez y desconcierta a Daniel, que mira instintivamente hacia arriba, buscándome para que lo oriente. Intento sonreírle, pero no consigo que mis labios dibujen la forma correcta. Esperanzado, observa al público con la mirada, aunque sabe que Tony no estará allí. No es capaz de afrontarlo. Yo tampoco soy capaz, pero aquí estoy. No es más que la última de toda una vida de cosas que no podía afrontar pero que he afrontado de todos modos, como levantarme cinco veces cada noche para darle el biberón, para consolarlo y sosegar su llanto, o como las infinitas mañanas de domingo que me he pasado viéndolo jugar al rugby bajo una lluvia gélida o que lo he llevado en coche por todo el país para que tocara el piano en conciertos, o la noche que me pasé sentada a su lado cuando se emborrachó por primera vez, demasiado asustada para dormirme por si se ahogaba en su propio vómito. Todo lo que he hecho ha sido para protegerlo, para mejorar las cosas. Es lo que hacemos las madres. Necesito recordármelo pase lo que pase, haya hecho lo que haya hecho. No lo hacía por mí. Lo hacía por Daniel.

El juez entra con brío en la sala. Parece una caricatura tocada con una peluca deshilachada y las mejillas coloradas. Los miembros del jurado lo observan expectantes. Están nerviosos, les intimida su presencia; probablemente es la primera vez que la mayoría

de ellos acuden a un juzgado, sobre todo como parte esencial del procedimiento. Algunos de ellos miran de reojo a Daniel, pero enseguida apartan la mirada. ¿Por qué la apartan? ¿Por indignación? ¿Por repugnancia? ¿Por miedo? ¿Qué saben ya de él? ¿Qué saben de la acusación?

Me inclino hacia delante y apoyo los brazos en el pasamanos. Acudiré aquí cada día hasta que todo esto acabe. Solo soy capaz de proyectar un final positivo, en el que lo exculpan, se desacredita a los testigos y la... «víctima» admite que mintió. Regresaremos a casa en taxi y lo arroparé en la cama, se dormirá y tanto su mente como su cuerpo podrán empezar a recuperarse.

Soy incapaz de contemplar otra alternativa. Me estremezco solo de pensarlo. Para mí, como para la mayoría de las personas, la cárcel siempre ha sido un concepto abstracto. A lo sumo, he pasado por delante de alguna cuando iba conduciendo y he imaginado a los presos en su interior, pero como una raza aparte: delincuentes, criminales, no seres normales. Personas completamente ajenas a mí y a mi estilo de vida que jamás se cruzarán en mi camino, personas en las que nunca tendré que pensar. Pero eso ha dejado de ser así. Cuando tus amigas también son madres, las conversaciones progresan con el paso de los años. Al principio habláis de noches en vela y de pañales, de las primeras palabras y las aventuras con el orinal; luego de colegios, de dramas de amistad y de la pubertad. Y más recientemente de drogas, sexo y alcohol. Creía que esos serían los últimos problemas con los que tendría que lidiar antes de forjar una nueva relación con mis hijos, una

relación adulta. Los imaginaba invitándome a comer, pidiéndome consejo para remodelar sus casas y volviendo a abrazarme, como hacían de pequeños, pero ahora serían ellos quienes me tranquilizarían, en lugar de al revés. Jamás en mi vida me imaginé aquí, en este paisaje desconocido donde ninguna de mis amigas puede acompañarme ni querría hacerlo. Me cambiaría por cualquiera de ellas en un pestañeo.

El juez toma asiento y todo el mundo lo imita, salvo el abogado de la acusación, que se gira hacia el jurado para hacer su exposición inicial. Así empieza el juicio por violación de mi niño.

Ellen

Septiembre de 2017

Sasha no está en casa cuando llego de la emisora, así que pongo a todo volumen un CD de Olivia interpretando el *Lamento de Dido* de Purcell. Tengo descargado todo lo que ha grabado, pero esta pieza es mi favorita sin ninguna sombra de duda, es más sensible e íntima que algunas de las arias más ostentosas. Fue lo primero que le escuché cantar en directo, y algo en el gesto de introducir el CD en mi equipo de música me reconforta. La he puesto hoy en el programa, tragándome mis recelos por si Sasha lo estaba escuchando. Estaba en el trabajo, y es imposible que tuvieran puesto Solo Clásicos en su oficina. De hecho, no creo que sus colegas hayan oído hablar nunca de mi diminuta emisora de radio digital, a menos que ella se la haya mencionado, cosa que dudo. Apenas me habla sobre el tema, señal tácita de que desapruaba la profesión que he escogido, seguramente porque le recuerda a los Monkton. La música clásica era su mundo y ella lo rechazó de plano, tal como ha hecho con todo lo relacionado con ellos desde el día en que se mudó.

Pero mi caso es distinto. Yo amo la música más de lo que ella la ha amado nunca. Mis padres no eran en

absoluto melómanos. Mi madre escuchaba Radio 2 en la cocina a veces y tenían unos cuantos CD en una estantería polvorienta en el salón, y ponían alguno cuando venían amigos de visita, pero no les importaba lo que sonara. No les suscitaba ninguna emoción. Yo me dejé llevar por la corriente del fenómeno fan de las bandas que les gustaban a otras chicas, pegué con Blu-Tack pósteres en la pared de mi habitación e incluso fui a un par de conciertos con Karina, pero nunca lo hice con verdadera pasión. No hasta aquel primer concierto en que permanecí en la oscuridad, sentada junto a Daniel, con el corazón desbocado y lágrimas en los ojos, mientras la voz de Olivia me mecía e inundaba como agua tibia. Solo entonces entendí la fuerza de la música.

Me tumbo en el sofá con la intención de relajarme escuchándola cantar, pero mantengo una mano en el mando a distancia, atenta por si oigo la llave de Sasha en la cerradura. El viernes pasado no la esperaba; pensaba que iba a salir por ahí directamente después del trabajo, pero regresó a casa hacia las siete de la tarde, de un humor raro, y me encontró escuchando a Olivia. No dijo nada sobre la música, pero noté que irradiaba un resentimiento parecido a las ondas sonoras, invisibles pero potentes. Apagué la música e intenté hablar con ella, pero se había encerrado en su habitación alegando que estaba cansada. Estaba claro que le pasaba algo, pero no conseguí averiguar qué era. Este viernes no son las llaves de Sasha, sino el interfono lo que me interrumpe y me hace erguirme como una marioneta. Bajo corriendo la música y me dirijo al vestíbulo.

–Soy Jackson –anuncia una voz clara al otro lado del interfono.

Ni un «hola», ni un «cómo estás». Jackson pasa de los convencionalismos de los saludos normales que engrasan los engranajes sociales. Suspiro y pulso el botón para abrirle, y aguardo hasta que escucho sus pasos en el pasillo antes de abrir la puerta.

–¿Está aquí? –pregunta, pasando de largo y adentrándose en el salón.

–No, todavía no ha vuelto del trabajo. ¿Habíais quedado?

Le hablo con frialdad, imitando su brusquedad, nota por nota.

–Es evidente que no –responde él, dejándose caer en el sofá con las piernas despatarradas–. He ido a buscarla a la salida del trabajo... para darle una sorpresa. –Consigue poner cara de pena cuando pronuncia la última parte de la frase, aunque ambos sabemos que lo que hacía era controlarla–. Y resulta que no se ha presentado en toda la tarde. La recepcionista me ha dicho que se había marchado a la hora de comer y salta el contestador cuando la llamo. Si no está aquí, ¿dónde está?

–¿Y cómo diablos voy a saberlo yo? No soy su guardiana.

Intento mantener un tono frío de indignación, pero noto una punzada de preocupación en alguna parte del cerebro. ¿Dónde está?

–Casi –responde él–. Es tu mejor amiga, ¿no? ¿No estáis tan unidas? ¿No te lo cuenta todo?

Una vocecilla en mi interior se pregunta si es ver-

dad lo que dice, pero quiero que lo sea, así que le doy la razón.

–Sí, así es, y sea lo que sea lo que estás pensando, no es cierto. No está con nadie más, Jackson. Créeme. Te quiere.

La última afirmación me suena poco creíble incluso a mí. No estoy segura de que lo quiera. Y el resto de lo que he dicho tampoco me cuadra del todo con la verdad. Doce años de amistad deberían permitirte adivinar qué pasa, intuirlo. No tendría que ser necesario que nos lo contáramos todo, ni cómo nos sentimos en cada momento. Deberíamos saberlo sin más. Y normalmente es así, pero durante esta última semana, desde que regresó a casa de un humor extraño, Sasha se ha mostrado distante, evasiva y ha esquivado todos mis intentos por saber qué le sucedía. Jackson se desinfla un poco al notar que en verdad no sé dónde está. Me siento en el brazo del sillón.

–¿Qué le pasa, Ellen? –Su bravata se ha evaporado y, para mi sorpresa, me doy cuenta de cuánto le gusta–. Ya sé que tiene un humor muy cambiante, pero esto es distinto. No es la primera vez que le pillo una mentira últimamente.

–¿A qué te refieres? –le pregunto, dividida entre mi propia incomodidad por hablar de ella de este modo y mi necesidad de saber sobre qué le ha mentado.

–No lo sé... No estando donde decía estar o mostrándose... esquivaba. Y reservada.

–Pero ella es un poco así. –Y es cierto. Siempre le ha gustado proyectar un cierto aire de misterio, incluso cuando éramos adolescentes y apenas teníamos secretos–. Es su manera de ser. Pero eso no significa que...

–¿Que esté viendo a otra persona? Venga, va, madura de una vez, Ellen. No es el ser sobrehumano y perfecto que tú crees, ¿sabes? Tiene defectos, como el resto de los mortales, si no más...

–Ya lo sé –respondo dolida–. Yo no he dicho nunca que sea sobrehumana.

–No, no lo has dicho –replica mordaz–. Pero todos sabemos lo que piensas de ella y cuánto la quieres.

–¡Es mi mejor amiga! –Tengo las mejillas encendidas–. ¿A qué te refieres con eso de que «todos sabemos»? ¿Quiénes sois «todos»?

–Déjalo.

Malhumorado, Jackson tira de un hilo suelto de sus vaqueros.

–Mira, no está aquí y no tengo ni idea de cuándo va a llegar –le digo con tanta firmeza como puedo, al tiempo que me pongo en pie y me dirijo hacia la puerta. No quiero que se quede ahí, poniendo patas arriba nuestro piso con sus acusaciones e insinuaciones–. Cuando vuelva le digo que te llame, ¿de acuerdo?

–Prefiero esperar –responde él sacando un paquete de cigarrillos y un mechero–. Antes o después tendrá que aparecer.

Mi instinto es conformarme, pero me obligo a hablar.

–Preferiría que no lo hicieras. Y aquí dentro no puedes fumar.

Suspira con aire dramático y se guarda de nuevo el tabaco en el bolsillo.

–De acuerdo. Pues me voy. Pero asegúrate de que me llame en cuanto llegue.

–Le diré que has venido, Jackson. Y ella decidirá si quiere llamarte o no.

Cuando se va, me dirijo a la cocina, donde he dejado el teléfono cargando, y llamo a Sasha. Salta el contestador de inmediato. Escucho su mensaje como si pudiera contener alguna pista: «Hola, hablas con el contestador de Sasha. Ahora no estoy disponible. Déjame un mensaje». Se le nota que sonrío en la voz.

–Hola, soy yo. Ha venido Jackson quejándose de que no estabas en el trabajo. ¿Dónde estás? Llámame cuando escuches el mensaje.

Vuelvo a dejar el teléfono a un lado, me apoyo en la encimera y miro por la ventana. No hay mucho que ver desde este lado del apartamento. El bloque contiguo de pisos está a unos cinco metros del nuestro, separado por una franja de hormigón llena de baches. En el piso de enfrente viven un par de *punks* de los de antes, con cresta. A veces sonrían y nos saludan desde su casa, mientras cocinan, pero hoy no hay ni rastro de ellos. Lo único que se ve es un poco de la acera de la calle que enlaza con la estación y un flujo constante de personas que regresan a casa del trabajo. Pero ninguna es Sasha. Vuelvo a notar la punzada de preocupación: el recuerdo empuja una puerta que cerré hace años.

Me siento en la diminuta mesa de la cocina que hay junto a la ventana, cojo un bolígrafo que se ha abierto camino hasta el frutero y me dedico a darle vueltas. Pierde tinta y me mancha los dedos. Normalmente, a esta hora Sasha ya habría regresado del trabajo y me estaría entreteniendo con las anécdotas de su día mientras nos servimos una copa de vino y escarbamos en el

frigorífico en busca de algo que cocinar. Es uno de mis momentos favoritos del día cuando estoy en casa. Yo no tengo horario de oficinista: los turnos en la emisora son variables y, además, hago trabajo *freelance*.

Tengo hambre, pero no le veo demasiado sentido a cocinar solo para mí. Me preparo una tostada y me la como sin plato siquiera, mirando por la ventana cómo pasa la tarde. A medida que el cielo se oscurece, la frecuencia de transeúntes desciende y sigue sin haber rastro de Sasha. Vuelvo a telefonarla, pero salta otra vez el contestador directamente. La insistente vocecilla de mi cabeza que tanto me he esforzado por ignorar sueña ahora más fuerte. Vuelvo a poner el disco de Olivia para intentar acallarla, pero es un error, porque solo consigue traerme a la memoria aquellos días, y lo que había empezado como un susurro, como una pregunta o una sugerencia, se convierte en una voz que soy incapaz de sofocar.

«¿Y si él ha vuelto? –me dice–. ¿Y si se ha hartado de su nueva vida en Escocia? ¿Y si ha estado esperando el momento, al acecho, aguardando a que nos confiáramos y nos sintiéramos seguras? ¿Y si ha estado esperando a que una de nosotras bajara la guardia y cometiera un desliz? ¿Y si la ha esperado a la salida del trabajo? ¿Y si la ha seguido por la calle, la ha acorralado en un callejón y la ha metido a la fuerza en un coche?».

No. Sasha habrá ido a algún sitio y se le habrá quedado el teléfono sin batería, eso es todo. No tardará en regresar, oliendo a vino y a tabaco; me tenderá los brazos, me abrazará, cariñosa y achispada, y me explicará un montón de chismes arrastrando las palabras,

tan cotilla como siempre. Nos sentaremos y hablaremos hasta bien entrada la noche, como solemos hacer; por la mañana le llevaré una taza de té y pondremos de fondo *Saturday Kitchen* en la tele de su habitación mientras miramos ropa en internet y planeamos salir de compras una tarde.

Prácticamente ha anochecido del todo y yo sigo sentada aquí. No he encendido la luz de la cocina, así que, en lugar de ver mi propio reflejo en los cristales, veo la calle. La acera está casi desierta, salvo por alguna que otra persona que regresa tarde del trabajo, con la cabeza gacha y caminando deprisa, y por algunos grupillos de amigos que se dirigen al bar riendo y parlotando. Mientras, yo permanezco aquí sentada, observando, esperando, intentando silenciar la vocecilla que se abre camino en mi cerebro, que se filtra por las paredes y las cerraduras que he construido para mantenerla bien encerrada y reverbera en todo mi ser. Es la voz que me recuerda que hace una década Daniel Monkton fue sentenciado a diez años, cinco de los cuales pasó en prisión y otros cinco en libertad condicional, con todos sus movimientos sometidos a vigilancia. Esa voz me dice que ahora Daniel Monkton puede ir donde quiera y contactar con quien quiera. Esa voz me dice que Daniel Monkton ha vuelto y que quiere hacernos pagar lo que hicimos.

Ellen

Julio de 2005

El día en que la nueva familia se mudó a la casa de la esquina, Karina y yo fingimos estar tranquilamente sentadas en el muro del jardín delantero de su casa. Karina se pintaba las uñas con un intenso tono azul eléctrico. Había dejado el botecito en precario equilibrio sobre los ladrillos irregulares, mientras yo hojeaba una revista de su madre.

Las vacaciones de verano habían empezado aquella semana y ya prometían ser las más soporíferas desde que se tenía registro. Otro año más que no íbamos de vacaciones a ninguna parte. Los padres de Lilly Spencer iban a llevarla a Dubái y Lilly no había dejado de hablar de ello durante semanas. Y nosotros ni siquiera íbamos a ir a Bournemouth.

La casa de la esquina llevaba muchos años vacía. Había escuchado a mi padre decir que era demasiado cara y demasiado grande para nuestra calle y que nadie que tuviera el dinero que pedían por ella querría vivir allí. Yo no acababa de entender a qué se refería, pero lo cierto era que la casa era más grande que las viviendas adosadas de dos y tres dormitorios y las se-

miadosadas que ocupaban el resto de la calle. El hecho de ocupar una parcela esquinera significaba, además, que el jardín era inmenso en comparación con el mío y el de mis amigos. Incluso tenía garaje, a diferencia de nuestras casas. Karina y yo nos habíamos colado en el jardín un día, hacía unos años, a través de un hueco en la verja. La hierba nos llegaba a las rodillas y nos había mojado los bajos de los vaqueros, que se nos habían quedado pegados a los tobillos. A través de las ventanas habíamos visto las estancias vacías de techos altos y suelo de madera. Una de las ventanas estaba un poco suelta y Karina había insistido en que la abriéramos y entráramos, pero yo me había negado. En lugar de ello, habíamos explorado el jardín, donde nuestra conciencia preadolescente nos había impedido jugar al escondite, por más que el lugar invitara a hacerlo. Al final habíamos trepado a la morera que crecía al fondo del jardín y nos habíamos dedicado a imaginar las vidas de los pasajeros que viajaban en la parte superior de los autobuses de dos pisos que pasaban por allí.

Primero llegó el camión de mudanzas. La nueva familia tenía que haberles dado la llave, porque empezaron a descargar de inmediato. Pero no tenían cosas normales. Lo primero que vi sacar del camión fue una recargada jaula, como las que salían en las películas antiguas de la tele. No había pájaro. Luego sacaron cajas y más cajas, todas ellas marcadas con grandes letras mayúsculas: LIBROS. Había muchísimos libros.

—¿En tu casa hay muchos libros? —le pregunté a Karina.

Yo había estado en su casa y no había visto demasiados, pero tampoco sabía dónde guardaba los libros la gente que tenía muchos.

Quizá estuvieran en el dormitorio de su madre. Ahí no nos dejaban entrar.

–No –respondió Karina–. ¿Y en la tuya?

–Casi ninguno. Mi madre solo tiene esos libros de cocina llenos de fotos de cosas raras que nadie se comería. Pero nunca prepara ninguna receta. Y creo que también tenemos la Biblia.

–¿Crees que se los habrán leído todos? –preguntó.

Los tipos de la mudanza iban corriendo de un lado para otro, cada vez más rojos y sudados.

–No lo sé. Quizá son profesores.

Karina arrugó la nariz. Ni a mí ni a ella nos gustaban mucho los profesores. Llegó una segunda furgoneta, más pequeña que la primera. «Mudanzas especializadas», anunciaba el rótulo de un lateral. Bajaron dos hombres, uno viejo y calvo y otro más joven, con el pelo rizado y gafas.

–¿Eso qué es? –preguntó Karina.

Se arrellanó en el muro y cerró el botecito de pintaúñas con los dedos extendidos como si fueran garras.

Ambos hombres entraron en la casa y los escuchamos hablar con los tipos de la mudanza, aunque no logramos entender qué decían.

–Tendremos que ir por el otro lado y entrar a través del ventanal –dijo el del pelo rizado mientras salían por la puerta delantera y empezaban a abrir la furgoneta.

Karina y yo esperamos, conteniendo el aliento, para ver qué iban a sacar de allí.

–¡Hala! –exclamó Karina cuando el hombre más joven salió de la furgoneta de espaldas, despacio, y descendió por una rampa cargando algo sobre un carrito. Era enorme e iba cubierto con una manta azul. El hombre más viejo lo agarraba por el otro extremo como si le fuera la vida en ello-. ¿Qué es eso?

Mientras maniobraban con sumo cuidado para salvar el bordillo y entraban por la verja del jardín se escuchó un leve tintineo.

–Es un piano –respondí yo maravillada-. Uno de los grandes. Le deben de haber quitado las patas. Me pregunto cuándo llegará la familia.

Estaba impaciente por ver a las exóticas criaturas que poseían todos aquellos trastos.

–Igual no es una familia –conjeturó Karina-. Podría ser un profesor viejo y raro que vive solo.

–Quizá –respondí yo, intentando no mirar demasiado descaradamente qué sacaban a continuación de la furgoneta.

Fuera lo que fuera, no lo vimos, porque en ese momento captó nuestra atención un viejo coche oxidado que acababa de aparcar detrás de la furgoneta de las mudanzas. Agarré a Karina por el brazo y le susurré:

–Ya están aquí.

La primera persona a la que vimos fue al padre. Salió del asiento del conductor y permaneció en pie junto al coche, bostezando y desperezándose. Era un hombre alto y de espaldas anchas, con el cabello oscuro y ondulado peinado hacia atrás. Llevaba puesto un jersey azul marino y un pañuelo de cachemira elegantemente anudado alrededor del cuello. Intenté imaginarme a mi

padre con un pañuelo como aquel, pero me resultó imposible; solo me venía la imagen de él con una bufanda de lana gris que mi madre le había regalado las Navidades pasadas. Y no creía que se la hubiera puesto nunca.

–Caray, Ellen, ¡es muy guapo! –exclamó Karina.

–¿Guapo? –susurré yo–. ¡Pero si debe de tener cuarenta y cinco años!

–¿Y qué?

Me incomodaban aquellas conversaciones con Karina acerca de chicos y sobre si eran guapos o no. Las dos habíamos empezado tarde a interesarnos por los chicos. Las dos habíamos besado por primera vez a un chico en verano, en la fiesta de Tamara Gregg. Desde entonces, Karina no dejaba de preguntar si me gustaría enrollarme con tal o cual chico y de analizar los méritos de todos nuestros compañeros de clase. En parte, me habría gustado responder que preferiría morir antes que enrollarme con alguno de aquellos idiotas apuestos, pero no lo hacía. Aunque había cumplido los dieciséis poco antes que ella, Karina conseguía que me sintiera una niña estúpida con respecto a este tipo de cosas, de manera que le seguía la corriente y, por lo general, me mostraba de acuerdo con sus opiniones. De hecho, solo me había besado con aquel chico en la fiesta de Tamara para que la gente del instituto dejara de pensar que era un bicho raro porque nunca me había liado con nadie. Karina siempre acababa llegando a la conclusión de que el chico con el que más le gustaría salir era Leo Smith. Leo tenía el cabello de color jara-be dorado y los ojos castaños oscuros. No era el chico más guapo ni más molón de nuestro curso y tampoco

era la estrella del equipo de fútbol del instituto, pero tenía algo especial. Era inteligente, pero eso no lo hacía parecer raro, cosa que sí ocurría con los empollones que se pasaban el tiempo libre en la sala de informática. A mí no me gustaba, no exactamente, o no como a Karina, pero a veces sí me imaginaba manteniendo conversaciones interesantes en las que él me entendía como nadie lo había hecho.

Los siguientes en bajar del coche fueron dos chicos, ambos con el cabello oscuro como su padre. Uno debía de tener nuestra edad y el otro era un poco mayor, de unos dieciocho años. Ambos llevaban pantalones vaqueros y zapatillas deportivas Converse. El más pequeño llevaba una camiseta gris de manga corta por encima de una camiseta blanca de manga larga y el mayor llevaba una camisa con una corbata muy estrecha. Salieron del coche con la cabeza gacha y, mientras se hablaban en voz baja, fueron arrancando con la punta del pie las briznas de hierba que sobresalían entre las grietas de la acera. Noté el calor corporal de Karina cuando apoyó su pierna contra la mía; casi me pareció oír su cerebro calculando hasta qué punto podrían aquellos chicos convertirse en novios potenciales. En contraste absoluto con su languidez, la madre salió con brío del lado del copiloto, como un remolino de tela bordada de color púrpura, tintineantes brazaletes de plata y una larga melena oscura al viento. Parecía extasiada con todo: con la casa, con el sol y con las dimensiones del jardín.

Los cuatro echaron a andar por el camino del jardín. Karina tomó aire y me preparé para una disección

exhaustiva de los dos chicos, pero entonces la puerta trasera del coche volvió a abrirse y asomó por ella una cabeza. Lo primero que vimos fue su pelo, una cascada brillante de cabello rubio que le caía hasta la cintura y que me recordó el envoltorio dorado de las monedas de chocolate. Luego la melena giró hacia un lado, como una capa, y le vimos la cara, un rostro con forma de corazón y perfecto salvo por una finísima cicatriz roja en la mejilla derecha. Escuché a Karina contener el aliento y supe que yo había hecho lo mismo.

Como si nos hubiera escuchado, la chica volvió la cabeza hacia nosotras y nos observó con desdén y una mirada desafiante. Yo bajé la mirada sintiéndome culpable y Karina la clavó en sus uñas y empezó a soplar-selas como si la vida le fuera en ello. La chica nos fulminó con la mirada un poco más antes de volver a girar la cabeza y entró tranquilamente en la casa sin intercambiar ni una palabra con su madre, que estaba de pie en el umbral de la puerta delantera, parlotteando acerca del tamaño de los dormitorios y de las vistas del horizonte londinense. Cuando la puerta se cerró a su espalda, la voz de la madre quedó silenciada de manera abrupta y Karina y yo nos miramos atónitas bajo el sol.

-¿Le has visto...? -susurró Karina.

-La cara. Sí.

-¿Qué crees que le habrá pasado?

-No lo sé.

Karina se estremeció con aire teatral.

-Jolines, Ellen, ¡imagínate tener eso en la cara! Me pregunto si se le quedará para siempre. Además, es muy guapa.

–Ya lo he visto.

Los hombres de la mudanza continuaron con su trabajo, pululando de un lado para otro como hormigas obreras, pero nosotras dos habíamos perdido el interés en las posesiones de la familia: aquella bella y desfigurada extraña de aire romántico que parecía un personaje de un cuento de hadas había cautivado nuestra imaginación.

Cuando volvíamos a entrar en casa de Karina, me giré para echar un último vistazo a la gran casa y subí la vista hacia la zona de los dormitorios. No había nadie en la ventana salediza de la derecha, pero en una ventana más pequeña a la izquierda sí vi a la chica rubia. No me estaba mirando; tenía la cabeza apoyada en el cristal y la vista perdida sobre los tejados. No me pareció que estuviera admirando el paisaje.